

18 OCTUBRE 2009
DOMINGO 29-B



Is 53,10-11. Cuando entregue su vida como expiación, verá su descendencia, prolongará sus años.
Sal 32. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti.
Hb 4,14-16. Acerquémonos con seguridad al trono de la gracia.
Mc 10,35-45. El Hijo del Hombre ha venido para dar su vida en rescate por todos.

1. CONTEXTO

SERVICIO Y NO PODER

Los discípulos siguen a Jesús en su subida a Jerusalén resoplando y de lejos, sorprendidos y llenos de temor. El tercer anuncio de la pasión es el más largo y explícito. Pero no importa. Los discípulos siguen sin entender. A lo largo de todo el evangelio de Marcos no progresa nada el conocimiento del camino de Jesús por parte de sus discípulos. Al final, uno le traiciona, otro le niega y todos le abandonan y huyen. Y no volvemos a saber nada más de ellos.

Ahora, los dos hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, se acercan a Jesús para pedirle asientos a su derecha y a su izquierda en su gloria. Siguen pensando en Jesús como en un rey mesiánico y triunfador y aspiran al poder terrenal inmediato según las categorías vigentes en el mundo. Los otros diez reaccionan airados contra Santiago y Juan, evidentemente porque todos aspiraban a los mismos lugares de poder y honor. Volvemos a comprobar que el afán de poder es incompatible con la hermandad.

Las palabras de Jesús tienen una contundencia especial: "Sabéis que los que son tenidos como jefes de las

naciones las gobiernan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será esclavo de todos; porque el Hijo DEL Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos (Mc 10,40-45).

Aquí hay un imperativo constitucional para la Iglesia de todos los tiempos: **no ha de ser así entre vosotros**. En la comunidad cristiana no pueden existir unas relaciones de poder como las que se dan en cualquier otro grupo social. El más grande tiene que ser quien más sirva, y el primero debe ser el esclavo de los demás. El poder puede ser necesario, pero es siempre expresión de unas relaciones humanas no transparentes, afectadas por la limitación de nuestra naturaleza y por el pecado.

La comunidad cristiana, como lugar donde se acoge la soberanía de Dios y su gracia, tiene que asimilar la asimetría que introduce el poder y visibilizar la fraternidad y un nuevo estilo de relaciones humanas. Las estructuras de la comunidad cristiana tienen la obligación de ser mucho más transparentes, participativas y comunitarias que las de cualquier otra institución social. Se juega en ello la capacidad de la Iglesia para ser testimonio del Reino de Dios.

Esta exigencia eclesiología tiene su fundamento cristológico: "El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a entregar su vida". La Iglesia nace del camino de Jesús, de su voluntad de hacer del servicio la expresión histórica del amor gratuito de Dios. El servicio/ diakonía, entendido como la entrega completa de la propia vida, define a Jesús. A los ojos de un griego, "servir" es indigno de un hombre libre. Es sorprendente que las responsabilidades eclesiales se designen constantemente en el Nuevo Testamento "servicios"/ diakonía. Según algunos se debe a que la comunidad cristiana se entiende como una "contrasociedad", pero creo que es mejor decir que se entiende como la precursora de un nuevo tipo de sociedad humana.

Comunidad de hermanas y hermanos. Los primeros grupos cristianos eran hermandades participativas en las que cada uno tenía rostro y nombre para los demás. Es muy claro en Pablo. Pero también aparece en los evangelios, con la particularidad de que se vislumbra en ellos la polémica con una incipiente institucionalización que amenazaba con romper la hermandad en vez de promoverla.

En Marcos 3,20-35 se establece una contraposición entre la familia natural de Jesús y la nueva familia formada por quienes le siguen y cumplen la voluntad de Dios. Ambos grupos se rigen por conceptos muy diferentes de poder. Los parientes, los hermanos y la madre piensan que está loco (3,21) y quieren sacarle de la casa donde está reunido ("**la casa**" en 3,20 es la imagen de la comunidad cristiana) para reintegrarle al hogar patriarcal. Los nuevos valores del Reino, que invierten las jerarquías y ponen en el centro a la persona humana (3,3), significan una subversión que llevan a pensar que Jesús "está fuera de sí" (3,21). Los parientes de Jesús y los escribas de Jerusalén (3,22) enviados por el centro judío, representan la misma mentalidad.

La comunidad de Jesús no consta simplemente de los doce, sino de los que están sentados en corro alrededor de él y cumplen la voluntad de Dios (3,34-35). En el centro está solo Jesús, y todos se encuentran a la misma distancia de él. Destaca la igualdad entre varones y mujeres. Vienen a buscarle los hermanos y la madre, pero en su respuesta Jesús introduce entre ambos a las hermanas: "Quien cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre". En cambio no se menciona al padre, porque la comunidad es una hermandad radical.

Se ha solido pensar que aquí Marcos, representante de una comunidad helenista y paganocristiana, polemiza con el judeocristianismo de Jerusalén, de carácter dinástico y jerarquizado, en el que los familiares de Jesús ocupaban los primeros puestos. Es posible. Pero lo que es más seguro es que Marcos reivindica la fraternidad radical del proyecto de Jesús contra un proceso de institucionalización que introducía en las comunidades las estructuras patriarcales de la sociedad.

(Cfr. **Rafael Aguirre**: *Ensayo sobre los orígenes del cristianismo. De la religión política de Jesús a la religión doméstica de Pablo*. 172-175. *Verbo Divino*).

2. TEXTOS

1ª LECTURA: ISAÍAS 53,10-11

El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos

Entre los cánticos de alegría que celebran la restauración de Jerusalén en los capítulos 51, 52 y 54 del Segundo Isaías, se sitúa este sombrío texto teológico, como para indicar **que la rehabilitación de Israel y de sus habitantes presupone el sufrimiento compartido**.

Este texto está sacado del último poema del siervo del Señor, paciente y glorificado (Is 52,13-53,12). Literariamente, nos dice Schökel/Sicre el poema es muy sencillo y muy enigmático. Dios, que es el que habla, pronuncia una introducción y un final.

El cuerpo del discurso es la narración que un grupo hace de la pasión, muerte y triunfo del personaje. Pero ¿Quién es el grupo? ¿Quién es el siervo? ¿A qué hechos se refiere? Hay problemas de identificación, pero no de significado. El contenido es clarísimo, y por eso es tan extraño. Un inocente que debe sufrir (contra la doctrina de la retribución) mientras son respetados unos culpables (escándalo de algunos salmos); un humillado que triunfa (es menos extraño, pero siempre sorprende) un muerto que vive (esto suena a ilusión poética). El poema es así. Hay que limar extrañezas para hacerlo razonable.

Este texto ha sido utilizado por el NT para comprender la figura de Jesús, que ha muerto por la salvación del pueblo. El desfigurado por su pasión y muerte en cruz es al final reconocido como el justo.

SALMO RESPONSORIAL: 32

R/ que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti.

Aclamad, justos, al Señor,
que la palabra del Señor es sincera
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra.

Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,
en los que esperan en su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre.

Nosotros aguardamos al Señor;
él es nuestro auxilio y nuestro escudo.
Que ti misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.

2ª LECTURA: HEBREOS 4,14-16

Hermanos: Mantengamos la confesión de la fe, ya que tenemos un sumo sacerdote grande, que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado. Por eso, acerquémonos con seguridad al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia que nos auxilie oportunamente

Llevamos tres domingos leyendo Hebreos. Me gustaría comentar algo de la carta.

¿Conocemos a alguien que un buen día renuncia a su promoción personal y laboral y se pone al servicio de sus hermanos y del Señor? Esta carta se dirige a aquellos que han vivido una experiencia parecida. Había sido sacerdotes del templo de Jerusalén. Estaban bien considerados y tenían su vida resuelta. Un día descubren al Señor Jesús. "En Jerusalén crecía considerablemente el número de los discípulos; también gran número de sacerdotes respondían con su adhesión" (Hch 6,7). Se acabó el culto grandioso del que tomaban parte.

A toda esta gente exiliada, que han perdido su situación por causa del seguimiento al Señor, está dirigida la carta. Más aún necesaria cuando la destrucción de Jerusalén está al caer (año 70).

Más que una carta, es una homilía pronunciada ante unos oyentes o un escrito doctrinal que interpela a los lectores. El tono y el estilo son elevados y solemnes. Ya en la antigüedad se dudó sobre la autenticidad paulina.

El texto de hoy nos confirma que confesar a Jesús es reconocerlo como lo que realmente es: nuestro Mediador total ante Dios. Es una exhortación a adoptar **actitudes de confianza y seguridad con El**. El nos comprende porque ha experimentado en sí mismo lo que nosotros experimentamos. Por eso podemos sentirnos comprendidos desde lo más hondo.

EVANGELIO: MARCOS 10,35-45

Como hemos visto en domingos anteriores los discípulos de Jesús son esclavos de la ideología que impone el poder. En el relato del evangelio de hoy, dos de ellos pretenden obtener su parte de poder. Ellos pensaban todavía que Jesús sería un día rey de Israel. Y le piden los dos cargos más importantes de su reino.

El relato tiene dos partes. La primera de **incomprensión total** de los discípulos sobre el proyecto de Jesús. Y la segunda una **instrucción sobre el servicio**.

35-37 Se acercan a él Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, y le dicen: «Maestro, queremos, nos concedas lo que te pidamos.» El les dijo: « ¿Qué queréis que os conceda?» Ellos le respondieron: «Concedéndonos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda.»

Los discípulos también son esclavos de la **ideología que impone el poder**. A pocas horas de Jerusalén, Santiago y Juan, "los Truenos" (es decir, los autoritarios, 3,17) dos de los tres más íntimos, caen en la más burda de las tentaciones. Buscan el poder, siguen pensando que Jesús ha de reinar gloriosamente como Mesías y ambicionan los puestos mejores y se adelantan en sus pretensiones a los otros diez, que buscan lo mismo (como se ve por su reacción). Cuando Mateo pocos años más tarde relate la misma anécdota le quitará "piadosamente" mordiente haciendo que sea la madre de los Zebedeos, quien, preocupada por el buen futuro para sus hijos, cometa la estupidez de funcionar con recomendaciones.

Santiago y Juan son presentados en el evangelio de Marcos también en situaciones importantes de la vida de Jesús. En la Transfiguración y en la agonía. Pedro es nombrado en la Transfiguración y en la agonía junto a estos dos hermanos, aquí no aparece pidiendo los puestos más importantes. De todos modos, si en este texto se destaca la incomprensión del mensaje de Jesús de parte de estos discípulos, la incomprensión de Pedro será un poco más adelante. La diferencia que puede descubrirse entre Pedro y los Zebedeos es que éstos manifiestan una ambición personal que aquél no demuestra. Pedro es nacionalista, desea el triunfo terreno de Jesús y de Israel, pensando que ese es el modo como han de cumplirse las promesas. Por eso no acepta la muerte, considerada por él como un fracaso, ni para Jesús ni para sus seguidores. Estaría dispuesto a morir al lado de un Jesús combatiente, pero reniega de él cuando se entrega sin resistencia en manos de sus enemigos. Los hermanos, por el contrario, heredan de su padre el concepto de una sociedad de desiguales y, en consecuencia, además de participar del exclusivismo y autoritarismo de todos (9,38) descuellan por sus ambiciones personales.

Como vemos una vez más los discípulos, titubeantes en el seguimiento, persisten en la orientación terrena de sus esperanzas y en sus sueños de grandeza humana. Nada parece haber conseguido Jesús con sus acciones y enseñanzas.

38-40 Jesús les dijo: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?» Ellos le dijeron: «Sí, podemos.» Jesús les dijo: «La copa que yo voy a beber, sí la beberéis y también seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado; pero, sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado.»

Las condiciones para sentarse junto a él en la gloria quedan expresadas con las imágenes del cáliz y el bautismo. Son dos imágenes que evocan la amargura del sufrimiento, la participación e inmersión en la pasión y muerte de Jesús. Este es el camino de la gloria. Los hijos del Zebedeo se sienten con fuerzas para recorrerlo. No reciben, sin embargo, la garantía de ocupar los puestos ambicionados. La razón está en que el seguimiento de Jesús no puede ser interpretado como medio para obtener una recompensa prefijada. No se alcanza por méritos. El discípulo está llamado a seguir al Maestro en el presente, dejando que Dios programe libremente su futuro.

La tradición que recibe Marcos sabe que Santiago, al menos, ya ha derramado su sangre por el evangelio. Junto a la humillante ingenuidad de la petición de los hermanos les rinde homenaje por que "el trago que voy a pasar ya lo pasaréis".

41-45 Al oír esto los otros diez, empezaron a indignarse contra Santiago y Juan. Jesús, llamándoles, les dice: «Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.»

Los otros diez se colocan a la misma altura de sus dos compañeros. Idéntico afán de poder, ahora mezclado, tal vez, con envidia por no haber tenido ellos antes una idea tan brillante.

En esta segunda parte, orientada a corregir la ambición de los otros diez discípulos, hará un duro análisis de lo "normal" del abuso político sobre el pueblo y asienta las bases del comportamiento del Reino: **el poder ha de ser capacidad de servicio**, que él es el primero en vivir; quien lo siga no puede tener un proyecto paralelo o contrario al suyo.

El modelo de convivencia que se estructura alrededor del poder y de la imposición de la autoridad no es válido para sus seguidores. Jesús enseña a superar **las causas del mal**. Una de ellas es la **relación de poder y sometimiento**, que al organizar la convivencia, los hombres hemos establecido.

El poder y la autoridad han de ser sustituidos por otros valores: **la igualdad y el servicio**. Y esto del servicio tiene que ser un hecho, no un título honorífico más.

3. PREGUNTAS...

1. «*Concédenos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda.*»

HOY también estamos todos reflejados en esta postura de los discípulos. Mantenemos una sociedad que ansía los primeros puestos, estar al lado de los que tienen poder, incluso buscando influencias para obtener parcelas de poder.

El **poder**, ya lo dijimos, que es **dominio** basado en el temor (violencia), en la ambición (recompensa) o en la credulidad y falta de espíritu crítico (persuasión), **impone la sumisión**; mantiene o aumenta la **desigualdad** entre el poderoso y los súbditos. Otra cosa es la **autoridad** que es el servicio basado en la competencia personal (carisma) y lleva a la maduración de los otros haciendo disminuir la desigualdad.

Y como el obedecer, el ser dominado y el vivir como esclavo no hace feliz a nadie, todos buscan el modo de salir de esta situación, haciéndose obedecer, dominando y esclavizando a cuantos sea posible. Este análisis sigue hoy siendo válido.

Entre cristianos el poder ha de ser sustituido por otros valores: **la igualdad y el servicio**. Y la **autoridad** la tiene el que más sirve, el más dispuesto y generoso, el más comprometido sobre todo con los pequeños, los pobres y excluidos.

El mensaje es claro para todos. La iglesia tiene que eliminar de su interior todo rastro de poder, de dominio, todo lo que pueda parecerse, aunque sea de lejos, a la relación de amo-esclavo, de jefe-súbdito. El respeto a los derechos humanos en su interior, la igualdad de todos sus miembros -incluidas las mujeres- aunque los carismas sean distintos, **hay que hacerlo todavía realidad**.

Hoy más que nunca necesitamos líderes al **servicio del pueblo**, que es el único modo de ejercer el poder con dignidad; políticos o eclesiásticos que se coloquen en la cola de la sociedad para empujar a los pobres hacia arriba. Porque en política y en religión y en la vida, sólo manda con autoridad quien sirve a los demás sin condiciones.

- ¿Qué me sugiere el evangelio en mi vida familiar, en el grupo, en el trabajo?
- ¿En qué temas soy dominante, autoritario?
- ¿Mi servicio es gratuito, alegre?
- ¿Busco influencias? ¿En qué, cuando?

2. *El Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.*»

Después de hacer el análisis de la realidad: *"sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder", Jesús ofrece la alternativa para que la sociedad avance por caminos nuevos: el servicio.*

¿Qué significa eso de una Iglesia servidora y pobre? ¿Es posible?

Creo que es posible siempre y cuando seamos capaces **de estrenar**, desde "nuestro pequeño mundo", el evangelio. Siempre y cuando la institución no marque sus reglas ni acalle al Espíritu. Porque toda institución tiende a transformarse en un sistema de poder y de represión contra la creatividad y la crítica.

Durante siglos se nos ha educado para la sumisión, la obediencia, el silencio y la pasividad. El cristianismo, como indica Pagola (Revista Frontera nº 51), se ha organizado como una religión de **la autoridad y no de la llamada**. Las estructuras que se ha dado a sí misma la jerarquía a lo largo de los siglos no ha promovido la corresponsabilidad, la vivencia adulta de su pertenencia a la Iglesia ni la creatividad del Pueblo de Dios.

Y es bueno que sepamos, como dicen los historiadores de la Iglesia, que hasta el año 312 había sido **más movimiento que institución**, pasó a ser la gran heredera de **las instituciones** del Imperio: el derecho, la organización en diócesis y parroquias, la centralización burocrática, los cargos, etc. Y la iglesia-institución se acomodó de buen grado a las realidades políticas y a las obligadas uniformidades, iniciando una trayectoria de poder que ha llegado hasta nuestros días. Y como bien dice el conocido teólogo francés J.P. Jossua: "la Iglesia católica está inevitablemente mal construida". Desde el "giro constantiniano" es difícil cambiar la estructura.

Y de ahí que muchas veces los cristianos de a pie nos topamos con venerables tradiciones, prescripciones canónicas, códigos de moral bien definidos, estructuras eclesiásticas y formas de poder, con un peso de siglos, centralizadas y controladas por un cuerpo de expertos: la Jerarquía. Y esta iglesia institución es la que aparece como la sola Iglesia de cara al pueblo sencillo. La Iglesia, comunidad de los creen y testimonian en medio del mundo la presencia del Cristo resucitado, no aparece como creíble.

Y cada vez hay un mayor distanciamiento entre "lo que manda y enseña la iglesia jerárquica" y lo que "hacen y piensan amplios sectores del pueblo cristiano". Ella se siente guardiana de la tradición y se siente con derecho a actuar con firmeza y a condenar a una sociedad secularizada. Y buena parte del pueblo cristiano, desde su propia experiencia en la sociedad actual, considera que la jerarquía ha perdido la sensibilidad necesaria para conocer, amar y valorar el mundo actual, para sintonizar con las necesidades reales de los creyentes y para ofrecerles la orientación y el aliento que necesitan para vivir hoy su fe.

De nosotros depende, bien es cierto, el hacer crecer la iglesia "pueblo de Dios", donde todo hermano sea considerado válido y necesario, donde el único señor sea Jesucristo, y los más pobres y excluidos tenga un sitio preferencial.

- ¿Cómo hacer desde nuestro entorno (familiar, vecinal, parroquial) una iglesia servidora y fraterna, sencilla y acogedora, dialogante y creativa, alegre y fiel al Señor Jesús?

Juan García Muñoz (jngarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>